

# Identidad y Fiestas

ANTXON AGUIRRE SORONDO

**F**OLKLORE E IDENTIDAD DE LOS PUEBLOS, este es el tema general de las presentes Jornadas, y que me da pie a tratar, tal y como aquí se enuncia, un aspecto sobre el que investigo desde hace algunos años: el fenómeno festivo.

Según el diccionario de la Real Academia, FOLCLOR es la castellanización de la voz inglesa «folklore» (los manuales recomiendan su escritura también en español con «k»), y se define como el «conjunto de creencias, costumbres, artesanías, etc., tradicionales de un pueblo». IDENTIDAD, según la misma fuente, es el «hecho de ser una persona o cosa la misma que se supone o se busca». Y, por último, PUEBLO es el conjunto de personas de un lugar, región o país.

Sabidas ya las definiciones de los tres términos, nos detendremos un poco en sus correspondientes significados.

El concepto FOLKLORE ha variado en función de los lugares y los tiempos. En una determinada época se designaba con este nombre las costumbres del ámbito puramente rural. En otra, todos aquellos ritos en trance de extinción. Hoy en día es difícil interpretar las pautas del FOLCLORE de nuestros pueblos. Parece que hay que esperar a que las creencias, hábitos y tradiciones se pierdan o estén en vías de desaparición, para que merezcan ser consideradas como temas de estudio de los especialistas. Ello explica que a menudo encontremos más trabajos de folclor-arqueológico, por decirlo así, que auténticas investigaciones empíricas. No parece tenerse en cuenta que el FOLKLORE es también el estudio de «cualquier grupo de gente que comparte por lo menos un factor común» (como puede ser una ocupación, religión, etnia, etc.)<sup>1</sup>.

Unidas las definiciones arriba enunciadas, puede decirse que la identidad de un pueblo se determinaría por «el hecho de ser el que se supone o se busca». Y aquí empiezan los problemas. Porque ¿quién marca el modelo? En nuestro caso, para unos la única identidad válida es la puramente vasca, para otros el modelo de nuestro pueblo es un híbrido de culturas que hay que potenciar. Claro está, todo ello encuentra un fiel reflejo en la búsqueda de un modelo político, social, cultural, religioso... para esta sociedad concreta.

En el curso de este difícil y a veces crispado debate, convendría considerar que las corrientes de ideas, de cualquier signo, y nuestras actitudes ante ellas sufren también fluctuaciones a través del tiempo. Antiguamente, era objetivo de buena parte de la población medrar socialmente, entrar en la clase burguesa y obtener una posición de «respeto». Ahora, aunque puede decirse que la ambición básica permanece, lo que más «viste» es pertenecer al pueblo, hacer gala de estar al cabo de la calle, cerca de la realidad cotidiana, hasta el extremo de que quienes, sea por linaje o por patrimonio, pertenecen a las capas más elevadas de la sociedad, gustan presentarse en ambientes «populares» y exhibir su campechanía, mostrándose así como sólidos integrantes de la «masa». Lo mismo vale también para los valores religiosos. Hasta no hace tantos

1. HUNTER, David E., y WHITTEN, Phillip. ENCICLOPEDIA DE ANTROPOLOGIA. Ediciones Bellaterra, S.A. BARCELONA, 1981.



Antxon Aguirre.

años, la mayoría de la población se consideraba católica y practicante (aunque tampoco con la unanimidad que se pretendía hacer creer). Las procesiones y actos multitudinarios de signo confesional estaban a la orden del día. Lentamente las iglesias se han ido haciendo grandes, los ritos religiosos son mucho más escasos, y buena parte de los jóvenes actuales se casan sólo por lo civil.

La sociedad se ha abierto, y hay que idear nuevos modelos de «identidad colectiva». En eso estamos y, lo que es más gratificante, el número de opciones es tan amplio como nunca pudo imaginarse en el pasado.

Sin embargo, la ruptura con los modelos impuestos hasta la fecha, la oportunidad de construir entre todos una nueva y más enriquecedora IDENTIDAD colectiva, se ve en cierta forma truncada por los intereses egoístas de cada cual. Si ha habido malos tiempos para el idealismo, a buen seguro que el nuestro no queda a la zaga. Las diferencias de posiciones hacen enemigos irreconciliables entre los seres aún pensantes; hay demasiados cretinos que se autoatribuyen la verdad absoluta e *iluminados* por la «tecnolatría», es decir la idolatrización de las nuevas técnicas, que, según estos, nos traerán la redención de nuestras contradicciones. Demasiada intolerancia, demasiado sectarismo atricherado en lo individual, en lo corporativo, en lo político o en lo social.

Por eso hemos de ensayar a huir de las estrecheces y los prejuicios que a menudo nos atenazan e impiden el libre desarrollo de nuestra imaginación en su proyección hacia el futuro.

También la idea de PUEBLO puede ser de discutible definición. ¿Quién pertenece a una comunidad concreta y por qué razones? ¿Quién puede definirse como italiano? ¿El que nace en Italia, aunque sus padres sean somalíes? ¿El oriundo italiano, aunque viva en Argentina? ¿Quien se ha educado en ese país mediterráneo, aunque carezca de otros vínculos? Los autores David E. Hunter y Phillip Whitten definen en

su Enciclopedia de Antropología <sup>2</sup> el término PUEBLO en tanto que «grupo de seres humanos caracterizado por la unidad de sentimientos, creencias, cultura, localización geográfica y algunos rasgos más». Sin negarle la brillantez a esta definición, se nos antoja difícil aplicar esos parámetros en muchos grupos humanos que han perdido ya su «unidad de sentimientos», diversificándose e incluso extraviando sus más esenciales rasgos culturales.

Todo este estado de cosas aflora de forma directa, y casi a ras de piel, en la comunidad vasca. Afecta a todos los planos de la convivencia, y en uno de sus factores antaño identificadores pero hoy no menos importante: sus FIESTAS. Expondremos aquí algunos ejemplos ilustrativos de cuanto hemos dicho.

Si de fiestas hablamos, palmaria es la polémica en torno a *los animales*. Así, los famosos juegos de gansos o gallos, los «antzar-jokua» u «ollasku-jokua», las carreras de burros y las corridas de toros, merecen un rechazo frontal de una importante porción del colectivo, disconforme con que se efectúen diversiones crueles *a costa* de los animales. A propósito del «antzar-jokua» de Lekeitio, decía un artículo publicado en el diario DEIA con firma de Carlos Pérez Uralde <sup>3</sup>:

«Al parecer el juego consiste en colgar unos cuantos gansos de una cuerda y esperar a que un aguerrido mozo les arranque el cuello. A veces la fiesta queda deslucida por la imperdonable debilidad de los animales, que se dejan decapitar sin oponer una heroica resistencia: entonces el público expresa su desaprobación a gritos y el alcalde de la localidad suspende la función. Como ustedes pueden comprobar, no hay como respetar la tradición para comprobar el talante civilizado de los pueblos, que encuentra en el sufrimiento y muerte de un ser vivo el momento álgido del festejo».

También en el capítulo religioso se produce una fuerte disparidad de criterios, y no nos referimos exclusivamente a las creencias, sino a las manifestaciones de intolerancia y desdén por los ritos ajenos. Todos conocemos la existencia de la «procesión atea» que, durante la Semana Santa y coincidiendo en horario con la salida de la tradicional del rito cristiano, desfila por las calles de Vitoria haciendo mofa del recogimiento de la colectividad católica en esos días. A este respecto explicaba José Ramón Scheifler Amezaga en su artículo «¿Fiestas y Religiosidad en Euzkadi?» <sup>4</sup>:

«...El País Vasco es la parte del Estado español donde estadísticamente se consigna un mayor número de agnósticos y ateos declarados, una bajísima práctica religiosa en la juventud y donde, a simple vista, se capta una mayor agresividad contra la religión cristiana y muchos de sus símbolos».

Las opciones políticas también han entrado en las fiestas con posicionamientos encontrados. En nuestra memoria están los conflictos a propósito de la llamada «guerra de las banderas», los violentos «riau-riau» de los últimos sanfermines pamploñicos, o los lanzamientos de huevos a las autoridades en el momento del chupinazo en las festejos de muchos pueblos así como con ocasión de la Salve de la Semana Grande donostiarra.

Por último, en el aspecto social también topamos con gran disparidad de criterios y comportamientos. Luis A. Aranberri hace un lúcido análisis del fenómeno festivo en la actualidad, del que extraemos estos párrafos <sup>5</sup>:

«No es exagerado apuntar que la sociedad vasca vive estos días una sentida discusión sobre las fiestas y su mayor o menor carácter participativo. A falta de otros baremos, las partes discrepantes vienen a coincidir en que el índice de participación popular denota,

2. HUNTER, David E., y WHITTEN, Phillip. ENCICLOPEDIA DE ANTROPOLOGIA. Ediciones Bellaterra, S.A. BARCELONA, 1981.

3. PÉREZ URALDE, Carlos. MUERTE DE GANSO. DEIA, 08.09.89.

4. SCHEIFLER AMEZAGA, José Ramón. ¿FIESTAS Y RELIGIOSIDAD EN EUZKADI? DEIA, 02.08.89.

5. ARANBERRI, Luis A. LA PARTICIPACION FESTIVA. DEIA, 18.09.89.

en líneas generales, el nivel alcanzado por las fiestas. Es decir, a mayor participación, mejores fiestas. En lo que no coinciden en absoluto es en lo que cada una de las partes entiende por participación. Para unos la participación festiva supone que vestirse de =ezpatadantzari=, =baserritarra=, =arrantzale= o =txarango= es sinónimo de juer-ga y jolgorio, y exige la inevitable presencia de alcohol. Para otros, las fiestas no dejan de serlo por ir con polo limpio o pasearse comiendo un barquillo, y la participando bien puede consistir en elevar el tono medio asistiendo a un concierto o torneo internacional de rugby, ver los fuegos o cenar al aire libre con familiares y amigos. (...) Con todo, uno no termina de comprender por qué los toros son más =populares= y =participativos= que los caballos, las regatas, el teatro o los fuegos artificiales. No es fácil de entender por qué es más popular y participativo consumir en una txozna, en detrimento del bar de la esquina, que contribuye religiosamente a la Hacienda de todos. Tampoco parece nada convincente que para ser =popular=, =jatorra= o =participativo= haya que ir, forzosamente, con pinta de sucio, vociferar de madrugada, correr delante de un becerro o echarse a la calle sin hora hasta que el cuerpo aguante; ni que el kalimotxo sea más =progre= que el helado de nata-moka».

La fiesta, inicialmente, era una época del año en que el hombre se entregaba a la honra de los dioses con sus oraciones y ofrendas en demanda de protección para sí mismos, para sus familias, tierras y ganados. Es por ello que las fiestas se celebraban durante el periodo de la escarda, la siembra y la siega. Posteriormente el cristianismo, en su pertinaz labor de sincretismo, yuxtapuso en idénticas fechas sus ritos principales.

En una segunda fase, a estas conmemoraciones religiosas se añadieron los componentes lúdicos que desde entonces son parte inherente. Se unieron así las dos finalidades que han justificado la fiesta: por una parte el ritual propiciatorio y por otro la necesidad humana de disipación. Durante los tiempos en que «llenar el estómago», en su significación literal, era empresa nada fácil, nacieron las comidas de hermandad o de cofrades, las postulaciones de los mozos para banquetes y otras tradiciones gastronómicas que daban ocasión a saciarse a quienes, aunque tal vez no pasaran hambre, contaban con muy pocas oportunidades para regalarse grandes festines.

Luego, la vertiente ociosa incorporaría los componentes que hoy la integran, a saber: la música, el baile, los juegos populares y deportivos, las representaciones cómicas... Hasta fecha reciente, los aspectos espirituales y lúdicos han sido consustanciales e inseparables de todas las fiestas de nuestro ámbito.

Pero la evolución de las formas de vida y convivencia tradicionales se ha reflejado en el hecho festivo: por una parte, el banquete ya no se limita a las grandes celebraciones, por otra el significado religioso e incluso mítico se ignora. Estas y otras muchas transformaciones, acaban por despojar al rito de todos los rasgos propios y peculiares de la comunidad, sosteniéndose en muchos casos como signos rutinarios y un tanto bufos de formas de vida superadas y como simples motivos de diversión.

Si añadimos a esto los conflictos más arriba apuntados (lucha de intereses, irrupción de la política en la fiesta, desconcierto general ante lo genuinamente popular y lo populista...) veremos hasta qué punto las formas de vida se han alterado, y como consecuencia las fiestas, pues bien puede decirse que éstas son, como el rostro humano, el espejo del alma de la sociedad. Nos encontramos ante un problema nada desdeñable. Porque, a fin de cuentas, ¿qué tipo de fiestas deseamos? Sin ser fácil la respuesta, adelantariamos bastante si desde un principio discerniéramos **la clase de fiestas que no queremos para nuestros pueblos**. El citado Luis A. Aranberri lo expone clara e inteligentemente en un artículo titulado «Nuestras fiestas: las mejores del mundo mundial»<sup>6</sup>:

«Se ha producido, indudablemente, un evidente cambio de concepción con respecto

6. ARANBERRI, Luis A. NUESTRAS FIESTAS: LAS MEJORES DEL MUNDO MUNDIAL. DEIA, 26.06.88.

a las fiestas. Cada generación es, por supuesto, muy libre de optar por el medio de esparcimiento que considere más lúdico y sugerente. La cuestión sería saber si la juventud actual conoce otras referencias, si tiene realmente la posibilidad de optar entre distintas alternativas o si, por el contrario, se ve abocada a un programa cada vez más alocado y alucinante. Quizá es también hora de exigir responsabilidades a quienes, desde instancias públicas, preconizan programas cada vez más distorsionantes y populacheros. Si la cultura y desarrollo de un pueblo se pueden también medir por el tiempo y calidad de su ocio, hay motivos más que suficientes para preocuparse por lo que uno mismo puede ver en su entorno más cercano».

Y termina con estas palabras, que, aunque para algunos parezcan duras, expresan una realidad difícil de ocultar:

«Paradójicamente, no parece que nadie cuestione el perfil de nuestras fiestas, sino que, muy al contrario, entre nosotros son muchos los convencidos de que las fiestas populares vascas son las mejores del mundo mundial. La razón utilizada con mayor frecuencia es que =vienen de fuera, se cuecen como mirlos, lo pasan en grande y se van diciendo que fiestas como las nuestras no hay en ninguna parte=. El problema es que, los de fuera, por lo menos, tienen la posibilidad de hacer comparaciones. A nosotros, una vez más, nos faltan referencias».

Por suerte o por desgracia, nos ha tocado vivir un período histórico de imparable evolución técnica y social. Ello, con todos sus beneficios, ha supuesto también una crisis de los valores que regían nuestra sociedad. Bien es cierto que épocas de convulsión han habido muchas, baste recordar las «machinadas» en el campo social, las luchas religiosas en la Navarra medieval, las carlistadas del siglo pasado, o la no menos traumática guerra civil del 36-39. En todas ellas la población se vio zarandeada y puso en tela de juicio los valores que la cimentaban. Ahora la causa de la ruptura es de signo distinto: así, creencias firmemente arraigadas que soportaron todas las anteriores «purgas» se han venido abajo tras la derrota del lado mítico-espiritual del hombre contemporáneo. En las fiestas esto se traduce en el lema «saciaros y divertiros» como único mensaje, una caricatura del «pan y circo» de la cultura romana, sin desmerecer a ésta, acreedora de una amplia gama de deidades fruto de su excepcional imaginación.

Somos de la opinión que, aun admitiendo la lógica de los tiempos y la inevitabilidad de la crisis de todo el sistema tradicional, es necesario analizar entre todos serenamente hacia dónde queremos ir, qué elementos interesa conservar y cuáles desechar o dejar que perezcan. De lo contrario, si seguimos pensando que todo está bien tal como está, y que en este terreno la mejor política es la del «laissez faire», asistiremos más pronto de lo que quisiéramos a las patéticas convulsiones de un espectáculo dominado por lo irracional en el que muy vagamente reconoceremos nuestro ideal festivo. Esto, sin olvidar que el componente irracional distingue lo festivo de lo cotidiano, ni tampoco que una supuesta «modernización» estrecha sólo conseguirá uniformar, homogeneizar e impersonalizar las expresiones de los pueblos en su faceta expansiva.

Apostamos por el estudio en serio de esta cuestión, para, a partir de ahí, fomentar una sensibilidad pública nueva para un nuevo modelo de convivencia. Creemos que esta labor no debe postergarse más, y que debemos tomarla muy en serio, aun a riesgo de aportar un motivo más de polémica a un pueblo ya ahído de disparidades.

No defendamos que un tipo de ritos sea mejor que otro; tan sólo llamamos la atención sobre la oportunidad de entrar de lleno y cuanto antes en la tarea de rescatar para nuestras fiestas su primordial causalidad, es decir, la de momento de comunión colectiva, de todos y para todos, bajo el denominador común de los sentimientos que el hombre considera más dignos de sí: la fraternidad y la voluntad de vivir, por encima de todo, en armonía consigo mismo, con los demás, con la naturaleza y, si acaso, con las fuerzas no terrenales, así como el reconocimiento de una identidad colectiva que mira hacia al pasado para interpretar el presente, y soñar con un futuro mejor para todos.

Por último, no podemos obviar la importancia que tendrá el que logremos insuflar ilusión a la sociedad, entendiendo que ninguna manifestación festiva mostrará los tintes señalados si no existe una verdadera alegría de vivir. Hemos de acometer esta empresa con un afán creativo y generoso, que contagie y atraiga, sin clisés ni premisas en punto a nuestras personales creencias.

Se trata de edificar, entre todos, un modelo común para nuestra expansión, o, dicho con otras palabras, de dar a nuestra identidad la oportunidad de desarrollarse cuan amplia y rica es.

Nada de esto será posible si no nos cargamos de ilusión. La ilusión de que nuestras fiestas digan realmente algo de nosotros.